

LAS ÉLITES LOCALES Y SU CULTURA POLÍTICA EN LA CONSOLIDACIÓN DEMOCRÁTICA

Pablo Vargas González*

INTRODUCCIÓN

Las experiencias históricas contemporáneas, no sólo del sur de Europa (Italia, Portugal y España) sino también, recientemente, los casos de Europa del este y de América Latina, han mostrado el papel determinante de las élites políticas en el rediseño institucional de sus sistemas políticos, orientado hacia la conformación de regímenes con mayor estabilidad, representatividad y participación ciudadana,¹ incluso en si-

tuaciones desafiantes como la liberalización comercial y la globalización económica.² Esto no hubiera ocurrido sin el cambio de actitudes y percepciones tanto de los líderes, los grupos políticos y las masas en el reconocimiento de una nueva legitimidad política basada en los valores democráticos, lo que se constituye en un factor central para la consolidación democrática y, desde luego, pasa a ocupar un centro de interés en la ciencia política comparada (Diamond, 1998).

Desde la perspectiva del estudio de “consenso de élites”, en el cual se subra-

* Instituto de Ciencias sociales y Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.

¹ Sobre los casos del sur de Europa y América Latina véase Higley y Gunther, 1992. Y sobre Europa del este, particularmente la reconstrucción de Alemania, véase Rohrschneider, 1994.

² Véanse los cambios de régimen político en América Latina como parte de una decisión epocal seleccionada por las élites en el marco de una selección de opciones delimitadas (Paramio, 1999).

ya el papel de éstas para negociar medidas democratizadoras (instrumentales) con el fin de generar una democracia consolidada, resulta de importancia la investigación de élites políticas locales, que permitirá conocer dos aspectos fundamentales en el funcionamiento de las nacionales: 1) el grado de "integración estructural", referente a la extensión en el territorio y en las redes formales de su poder e influencia, y 2) el grado de valoración del consenso, que remite a la manera en que sus integrantes comparten las reglas del juego y los códigos políticos comunes. Se trata de evaluar la forma y el momento en que los valores democráticos son interiorizados y logran permanecer como una normalidad.

En los niveles locales del sistema político, algunas élites suelen rechazar o tener una actitud divergente frente a los acuerdos y decisiones de las élites nacionales o principales, con el propósito de autoafirmar una posición diferenciada política o ideológicamente, manifestar cierto grado de autonomía o bien negociar determinados intereses regionales o sectoriales, lo cual impide la consolidación de la democracia. En otras palabras, ha resultado un obstáculo para el desarrollo y la calidad de la democracia³ la permanencia de actitudes, discursos y prácticas heredadas de regímenes autoritarios que siguen permeando las sociedades en proceso de transición, con toda

una cultura de relaciones personalistas, caudillescas y discrecionales que alcanzan tal severidad en los niveles locales entre algunas élites que no comparten los valores liberales o no respetan las reglas del juego político democrático. Pareciera, por las abundantes evidencias, que lo anterior es especialmente cierto para los países de América Latina.

Sobre el concepto de cultura política, si bien se parte del estudio clásico de la sociología norteamericana (Almond y Verba, 1980) como un conjunto de actitudes, percepciones y opiniones que muestran la cultura cívica de una sociedad, también se han considerado estudios novedosos que relacionan este concepto con los actores políticos (Diamond, 1997). Pero para abordar el origen, el funcionamiento y la persistencia de las élites se ha elegido el enfoque que se centra en la configuración de valores formados históricamente y que enfatizan, más que las opiniones individuales, los comportamientos y las conductas políticas. En esta línea no hay una determinación de los valores políticos sobre los comportamientos, sino una interacción recíproca entre ambos (Mainwaring y Viola, 1987).

La cuestión del poder no resulta, por tanto, ni tangencial ni un elemento del contexto en el tratamiento de las élites políticas locales. A pesar de que este ámbito no ha sido suficientemente valorado; por ejemplo, en muchos países las elecciones locales, que son la instancia en que se generan o renuevan los liderazgos, han sido consideradas como secundarias o bien de "segundo orden" (Márquez, 1999) aun cuando el papel de articulación ha sido importante, así como la repercusión que tienen como una nueva arena en el

³ Parto del concepto de democracia acuñado por Dahl (1993), de carácter poliárquico y procedimental, en la que se deben cumplir condiciones y garantías que permitan la participación ciudadana en la elección de sus autoridades. Pero también considero las delimitaciones que hace O'Donnell (1997) a la democracia delegativa.

conjunto del sistema político (Alba Tercedor *et al.*, 1997) y en la vertebración de élites y partidos políticos regionales y nacionales (Capo *et al.*, 1988). Por consiguiente, es necesario realizar una caracterización de las condiciones locales y su interacción y/o condicionamiento en la formación de la clase política. Se trata de recuperar el espacio político local no aislado del conjunto nacional, pero con su lógica y racionalidad propias (De la Peña, 1986).

El objetivo principal de este ensayo es analizar el papel de las élites políticas locales y su cultura política, poniendo en el centro de atención las experiencias de diferentes países, en donde los valores de los grupos políticos son determinantes para generar acuerdos o desavenencias; asimismo, se abordan los referentes conceptuales de los niveles de articulación entre poder local y nacional y las características específicas de funcionamiento de los ámbitos políticos locales; desde esta perspectiva la cultura política ayudará a conocer los procesos y circunstancias en que las élites locales favorecen u obstaculizan el paso de democracias limitadas a unas consolidadas.

Las élites y la consolidación democrática

Desde las primeras propuestas en el estudio del poder en la sociedad realizadas por Mosca, Pareto y Michels,⁴ se han ge-

⁴ Michels va más adelante al caracterizar incluso los grandes partidos de masas como forjadores de "jaulas de hierro de la democracia", al generar estos dirigencias que se desarrollan y funcionan a la larga como verdaderas oligarquías (1969, vol. II: 164-166).

nerado innumerables estudios basados en la relación entre la élite (gobernantes) y las masas (gobernados), que si bien han producido una abigarrada literatura con desiguales resultados, el tema ha resultado de gran interés para la ciencia política, la cual ha elevado al rango de teoría las reflexiones y aplicaciones empíricas posteriores (Bobbio *et al.*, 1997).

En la actualidad muchos estudios están basados, en parte, en el enfoque del análisis de "los que detentan el poder y la influencia" pero que se niegan a explicitar el concepto de élite por la carga metodológica e incluso ideológica que supone desde su origen, con un sesgo marcadamente polarizador, centrado en los que monopolizan el poder y opuesto a los que se encuentran fuera o excluidos de él. Con el ascenso de las concepciones pluralistas se dejaron atrás las visiones estáticas, pesimistas y monistas (existencia de una sola élite) y en los cincuenta aparecieron argumentos que reconocieron en un marco democrático-liberal la presencia de varias élites en competencia, a través de métodos periódicos que permitirían rendir cuentas y canalizar la participación de las bases de la sociedad por medio de procesos electorales. No se descartaban las relaciones conflictivas entre élite-masas que se encuentran en toda relación de gobierno, pero se reducía su carácter innatamente antagonista.⁵

Por consiguiente, desde el punto de partida pluralista, se consideró que lo que distinguía a las élites e incluso a los regímenes políticos eran los métodos y mecanismos para la preservación y/o renova-

⁵ Véase "Teoría de las élites", en Bobbio *et al.* (1997: 519-527).

ción de aquéllas, sus relaciones con la masa y los demás niveles de la sociedad, es decir, el modo en que la élite se recluta y ejerce el poder.

Con el auge de la teoría de la modernización, en las décadas de los cincuenta y sesenta, en la que fue predominante un determinismo de las condiciones sociales estructurales, tanto el carácter y funcionamiento de las élites se observaron como formas ya sea pre-modernas o bien democráticas, según el tipo de desarrollo socioeconómico y político. De tal forma que los gobiernos populistas o las oligarquías pertenecían a una fase previa de la modernización económica; en una visión unilineal, se pensaba que, en la medida que el desarrollo general de la sociedad fuera una realidad, la evolución política tendría como meta inevitable la democracia, o por lo menos así fueron visualizados países latinoamericanos como Brasil, Chile, México y Argentina (Lipset, 1992).

Von Beyme (1995: cap. I) es de los últimos autores que han teorizado sobre los entrecruzamientos y divergencias entre dos conceptos con varias similitudes pero también con diferencias y delimitaciones conceptuales, tales como élite política y clase política. Sobre el primero de ellos, objeto de este trabajo, señala que es un concepto más específico, ya que está orientado al conocimiento de la acción y las decisiones vinculantes, posee autonomía frente a otros grupos y es indicativo de la cooperación con otras élites en su interés por controlar el sistema de decisiones; suele tener un círculo interno, un centro y subcentros de poder donde se diseñan y toman las decisiones.⁶

Con el regreso de Portugal a la democracia en 1974, se inició un nuevo ciclo universal en los procesos de democratización que habrían de replantear los modelos de análisis político centrados ahora en los factores y procesos que afectan a la institucionalización. Las investigaciones que se realizan en esta nueva fase reconocen la importancia del desarrollo económico, aunque ya no como un aspecto condicionante; se enfatizan las estrategias entre los actores políticos en un contexto donde la estabilidad no depende de la legitimidad sino de la presencia o ausencia de opciones preferibles. En suma, el enfoque de la transición se centra prioritariamente en la capacidad de los grupos y las élites políticas para lograr acuerdos institucionales. Pero aun en este punto sobresale la noción de incertidumbre, ya que los acuerdos democráticos son sólo una transición institucional contingente, en que los actores no tienen garantizado el cumplimiento de los acuerdos.⁷

La caída de los regímenes autoritarios y, en consecuencia, el resurgimiento de la democracia en varios países durante la década de los noventa, permitió que varios analistas llevaran a cabo una revisión de los alcances y límites de los estudios sobre la transición. Algunos propusieron cambios en las estrategias de investigación, distanciándose de las perspectivas macrosociológicas para dar paso

fieri el concepto de clase política en el estudio de las élites ya que es más abarcativo y comprende a otros actores no sólo políticos que influyen en las decisiones, y su ámbito es el "estado de partidos".

⁷ Sobre la "tercera ola" y las características de los procesos de transición puede verse principalmente Huntington, 1994; O'Donnell y Schmitter, 1991, y Przeworski, 1988.

⁶ Cabe aclarar que Von Beyme (1995: 30) pre-

a un enfoque de "política comparada con perspectiva histórica", que pone atención en el estudio de las élites como una de las variables explicativas dentro de un marco histórico estructural que permite reducir el excesivo voluntarismo de los actores en los procesos políticos.⁸

En este marco aparecen nuevos estudios que han puesto en el orden del día el tema de la consolidación democrática. Se revisa desde la inadecuación de las políticas públicas en un nuevo contexto internacional, por demás crítico, hasta la disolución de las esferas políticas y económicas como dos estancos separados que condujeron a elaborar agendas distintas con calendarios diferentes y que dieron origen a problemas de relación entre Estado-sociedad afectando la gobernabilidad y desde luego haciendo incierta la consolidación (Alcántara, 1995). O bien, se llama la atención al hecho de que en esta fase resulta de la mayor importancia la puesta en marcha de la "reconstrucción del orden" y la profundidad de la institucionalización de los procesos políticos (Crespo, 1995).

En particular, América Latina ha experimentado, en los últimos veinte años, olas y contraolas en un largo proceso para estabilizar las poliarquías. Tanto los países que han dejado atrás regímenes autoritarios como los que pasan por una etapa previa de transición, registran, en mayor o menor medida, procesos democratizadores inconclusos (Garretón, 1991) y un bajo desempeño general en diferentes ámbitos. La lucha política en América Latina es por la definición del rumbo

que ha de tomar el proceso democratizador. Hay una fuerte tensión de actores, élites y fuerzas sociales que deben optar entre avanzar en la calidad y profundización de la democracia o recurrir al continuismo o la reinstauración de una "democracia delegativa", incapaces de generar normalidad institucional y superar la ausencia de participación, la cual conduce a que las élites sustituyan a los ciudadanos (O'Donnell, 1997).

Fue aquí donde surgió un nuevo enfoque que analiza el papel de las élites en los procesos de consolidación democrática a partir de las experiencias de varios casos del sur de Europa y América Latina.⁹ El eje central ya no es la creación del régimen democrático sino su estabilidad y las perspectivas de su sobrevivencia. La clave para la estabilidad radica en la búsqueda y el establecimiento de un consenso sustancial entre élites relativo a las reglas del juego político democrático y el valor de las instituciones democráticas. Se trata de reconsiderar el carácter procedimental de la negociación política para lograr un cuidadoso balance entre conflicto y consenso (Higley y Gunther, 1992: 1-3).

Se parte de una reconsideración de las élites y las masas, donde este último no es un elemento pasivo, por lo cual la representación de los sectores emblemáticos de la sociedad juega un papel crucial. Por eso los autores proponen un tipo ideal del concepto "democracia consolidada"¹⁰

⁹ Para una revisión novedosa de las élites políticas, particularmente las de carácter parlamentario, y de una metodología distinta, véase Alcántara y Llamazares, 1997.

¹⁰ La "democracia consolidada" es un régimen que reconoce los procedimientos de la democracia

⁸ Sobre esta revisión crítica de la literatura sobre la transición puede verse Agüero y Torcal, 1994.

que les permite establecer una diferencia respecto de otros regímenes que no logran cubrir esas características. Por consiguiente, la consolidación de la democracia se considera “un proceso de adaptación-regularización de estructuras y normas democráticas que llegan a ser aceptadas y legitimadas por toda la sociedad civil” (Higley y Gunther, 1992: 4).

Los casos de procesos de consolidación democrática, como los de Italia, España y Portugal, a través de la vía del consenso o la convergencia de élites, muestran la transformación de éstas en coyunturas clave en el cambio de los rasgos autoritarios del régimen y de enfrentamiento de los principales grupos políticos, secundados por movilización de masas. La unificación de las élites permitió la configuración de pactos y acuerdos que condujeron, primero, a la estabilidad y, luego, a la profundización de la democracia. Uno de los factores decisivos fue sin duda la existencia de un ambiente favorable a los valores y principios democráticos, pero la asociación entre estos dos aspectos no resulta determinante en algunos países, ya que puede haber élites unidas sin una cultura plenamente democrática, como en el caso de México, Venezuela o la República Dominicana (Burton *et al.*, 1992: 339).

Más aún, la cultura política de algunas élites gobernantes latinoamericanas conforma un rasgo característico del tipo de régimen que la sociedad ha interiorizado: el autoritarismo, el clientelismo, la corrupción y el prebendalismo tienen su

correlato en una desmovilización de las masas y una desafección por el interés político ciudadano (Mansilla, 1991). Los efectos han sido contundentes, aun en la actualidad y a pesar de los esfuerzos por lograr una transición a la democracia; todavía subsisten valores semidemocráticos en buena parte de la población. En una reciente encuesta del Latinobarómetro,¹¹ los resultados promedio para 17 países fueron: 63% de la población se encuentra insatisfecha con el funcionamiento de la democracia, mientras que sólo 37% confía en que el futuro económico de su entorno mejorará. Persisten la desconfianza y la frustración en lo que respecta a la política, los líderes y las instituciones.

ÉLITES, CULTURA POLÍTICA Y DEMOCRACIA

En las ciencias sociales no existe un acuerdo unánime sobre el concepto de cultura política, en particular sobre la determinación causa-efecto del comportamiento entre la realidad sociopolítica y la cultura política. Además de que no es una teoría sino que refiere a un grupo de variables que quieren ser utilizadas en la construcción de teorías (Almond y Verba, 1980: 27), en la actualidad diversas corrientes sociológicas se han apropiado del término para explicar los procesos políticos modernos. Es, pues, un concepto sociológico de alcance intermedio que debe ser aplicado a situaciones concretas.

y también los grupos políticamente significativos que aceptan las instituciones establecidas y se adhieren a las reglas del juego político-democrático.

¹¹ Véase la nota editorial “Crece la desconfianza de los latinoamericanos hacia sus conciudadanos” en el periódico *El País*, Madrid, 14 de mayo de 2000.

Para la "teoría de la modernización" (Lipset, 1992), la cultura política resultó una variable explicativa de ese enfoque unilineal que validaba el modelo de desarrollo socioeconómico capitalista, en el cual de los cinco países estudiados a principios de los sesenta, sólo los Estados Unidos (EUA) e Inglaterra se caracterizaban por tener mayores rasgos de cultura cívica participativa¹² y, por consiguiente, una democracia estable, gracias a sus altos niveles económicos y de bienestar. Estos rasgos incluían actitudes de participación extendidas y generalizadas, involucramiento y un sentido de pertenencia a la comunidad; una amplia convicción de corresponsabilidad en la toma de decisiones; un alto orgullo por la legitimidad de sus autoridades y su sistema político, y la extensión de organizaciones cívicas y comunitarias.

Sin embargo, las críticas y autocríticas (revisitaciones) no se dejaron esperar, sobre todo al llegar a los años setenta y al iniciarse los procesos de transición política a la democracia.¹³ Nuevos estudios en diferentes países de la geografía mundial presentaron varios inconvenientes al modelo original. La crítica general fue en el sentido de que se puede llegar a cambios democráticos sin que haya un alto desarrollo económico, más aún cuando la cultura política se vincula a los procesos de transición y de negociación entre éli-

tes (Diamond, 1993: 1-31);¹⁴ otro tema es que los elementos culturales son más persistentes que los estructurales, por lo que la cultura política requiere que los cambios en las estructuras económicas y políticas sean a largo plazo. La propuesta no da importancia a los comportamientos de la élite gobernante, sobre todo en aquellos lugares donde el peso de actitudes parroquiales y subordinadas es importante (Peschard, 1994: 23-24).

Desde otra perspectiva, también ha surgido una fuerte crítica según la cual, si bien se puede hablar, en el nivel de un macroanálisis, de la cultura política de una sociedad o país, tampoco debe generalizarse dando por hecho que los rasgos resultantes son homogéneos o representativos de todos los grupos sociales, más aún si se trata de lugares complejos con una amplia diversidad socioeconómica, étnica y cultural, como sería el caso de la región latinoamericana. Antes bien, cabría plantear que la cultura política se constituye por un conjunto de subculturas (Sani, 1997: 416-417): "o sea de actitudes, normas o valores diversos que frecuentemente se oponen entre sí". Otras diferenciaciones se dan debido a la existencia de amplias corrientes de pensamiento capaces de organizar y movilizar las fuerzas políticas (tradiciones liberal-democrático, derecha, izquierda, etc.). Y, por otra parte, está la distinción entre cultura política de masas y de élites, en

¹² La cultura cívica es la combinación de actitudes participativas pero también de conductas "parroquiales" y la cultura de súbdito, es aquella en la que hay baja conciencia política y de participación ciudadana.

¹³ Sobre las autocríticas puede verse Almond y Verba (1989). Sobre las críticas véase Peschard (1994) y Diamond (1993).

¹⁴ A partir de aquí se acuña un nuevo concepto que reduce su connotación psicologista (Diamond, 1993: 7-8): valores, ideales, sentimientos y conductas predominantes de un pueblo, y la evaluación del sistema político del propio país y el papel que desempeña en ese sistema.

la que éstas siempre adquieren una importancia desproporcionada y no siempre similar a la de aquéllas, sobre todo en el momento de la toma de decisiones.

Estas diferenciaciones, que a veces parecen ocultar los datos agregados de una "cultura política nacional", y que han sido poco tomadas en cuenta, pueden resultar clave en los procesos de transición política en el cambio de régimen, pues en la negociación de las reglas del juego puede haber grupos disidentes que aún desconfían de las instituciones o bien que no se encuentren suficientemente incluidos y tiendan a manifestar su oposición, lo que debilita el consenso y la consolidación democrática.

A fines de los setenta surgieron una serie de estudios, encabezados por Inglehart (1988), que dieron un vuelco a la forma dominante de entender la cultura política. Se sostiene que las transformaciones en la estructura global de la sociedad han influido de modo considerable en el cambio de conductas en las nuevas generaciones, particularmente de la sociedad occidental. El cambio en la matriz cultural se reflejó en el de los valores que determinaron nuevos estilos y patrones de comportamiento, más vinculados a los principios de la democracia liberal representativa: bienestar personal, desarrollo económico general, seguridad, estabilidad política y fomento de actitudes a favor de la igualdad, la libertad, la ecología y la solidaridad con movimientos sociales restringidos.

Estudios más actuales no sólo han puesto en relación la cultura política con los procesos de consolidación democrática en el mundo sino que han sido puntualmente vinculados con las actitudes y

conductas de las élites políticas y el rol de éstas en la conformación de pactos que posibilitarían el cambio de régimen y, posteriormente, la estabilidad de la democracia y su profundización.¹⁵ De ahí que se conceda tanta importancia a la cultura política de las élites y los políticos, ya que pueden ser un factor preeminente en los rasgos característicos de los pactos y de sus reglas específicas, cuya orientación puede ir hacia el pluralismo o hacia un régimen con democracia limitada (Diamond, 1997: 2).

En un trabajo posterior, Diamond (1998) ha fijado los aspectos teóricos en que la cultura política es central a la consolidación democrática. Para empezar, pone en primer término, sobre las condiciones socioeconómicas, la autonomía del ámbito de lo político. Reconoce que la experiencia política tiene efectos propios en los modos en que los ciudadanos piensan, creen y se comportan en el sistema político, aun independientemente del nivel de desarrollo socioeconómico de los países, del *status* socioeconómico individual o de las realizaciones económicas del régimen. Esto a sido evidente a la luz de los resultados de encuestas de opinión pública en países como Europa del este y América Latina, entre otras.

Otro elemento clave, "el más vital", en la relación cultura política-consolidación democrática es el de la legitimidad. Diamond (1998: 4-7) argumenta que éste es el elemento definitivo en el proceso de consolidación. "La creencia en la legitimidad de la democracia" es la columna

¹⁵ Larry Diamond (1997) conecta ambas cuestiones y hace explícito el vínculo con la teoría de las élites de Higley y Gunther (1992).

vertebral de su esquema explicativo. Tal legitimidad deriva de las realizaciones del régimen democrático, y también de los modos de articulación entre las instituciones y las formas de autoridad legítima, la socialización, la expansión de la educación y otros tipos de cambio social y cultural. Las realizaciones del régimen no sólo tienen que efectuarse en los aspectos social y económico sino también en la dimensión política, en la capacidad para mantener el orden, gobernar legal y transparentemente y preservar las reglas del juego democrático.

Consensos de élites y democracia

De este modelo es pertinente saber las características de las élites y de los regímenes que produce determinada forma de acuerdo político. En primer lugar, las dos características de la democracia consolidada son, por una parte, que los grupos de élite y las facciones comparten un consenso acerca de las reglas y los códigos de conducta política, así como del valor de las instituciones, las cuales se unifican a través de una extensa red formal e informal que las integra a la toma de decisiones y las dispone a defender y promover sus intereses por la vía pacífica; por la otra, hay una extensa participación de masas en los procesos políticos institucionales; ningún segmento representativo de la población queda excluido o impedido de movilizarse. La ausencia o reducción de la participación de las masas da lugar a otro tipo de régimen.¹⁶

Las diferencias y cambios de un régimen a otro dependen de varios factores y circunstancias relacionados con las características de la élite. Por ello es crucial la definición de élites como personas que tienen una posición estratégica en organizaciones de poder, con posibilidad de afectar o modificar los resultados de alguna política, en forma regular y sustancial. Sus miembros elaboran las decisiones en las principales organizaciones y movimientos de una sociedad (políticos, económicos, militares, culturales, etc.). Lo interesante es que estas personas, desde diferentes ámbitos, pueden tener varias o distintas actitudes respecto a tales decisiones y a lo que puede favorecer o no a la consolidación de los procesos institucionales.

También resultan de importancia las dos dimensiones y mecanismos en que funcionan las élites, una cuestión que parece secundaria en el modelo de Higley y Gunther (1992), ya que éstos ponen un mayor énfasis en la instrumentación del consenso entre los actores políticos. Esto se da a través de dos vías: la extensión estructural que involucra las redes formales e informales de comunicación e influencia entre miembros, grupos y facciones; y la extensión de la valorización del consenso, que se refiere al acuerdo relativo existente entre las élites sobre las reglas y los códigos de conducta política que deben asumir en torno a la legitimidad de las instituciones.

mas y reglas del juego, y donde las élites están desunificadas; *b*) democracia estable limitada, donde a pesar de que hay consenso no existe participación y hay baja representación de las masas, y *c*) seudodemocracias, donde no hay consenso, ni competencia electoral.

¹⁶ *a*) Democracias no consolidadas son aquellas donde no hay un real consenso acerca de las nor-

Con base en lo anterior y su correspondencia con el tipo de régimen, hay tres tipos de élites nacionales, que los autores plantean como “tipos ideales” para realizar posteriormente comparaciones con realidades complejas: *a)* desunificada, donde la integración estructural y la extensión del consenso son mínimas; donde las facciones no aceptan la existencia de instituciones, y donde hay élites inestables; *b)* consensualmente unificada, donde la integración estructural y los valores del consenso están relativamente incluidos; la comunicación y las redes de influencia abarcan todas o la mayor parte de las facciones; ninguna sola facción domina esas redes, y la mayoría de las élites tienen representación en el gobierno, y *c)* ideológicamente unificada, donde la integración y los valores del consenso son monolíticos; ésta se caracteriza por la centralización de sus élites y las decisiones y porque no hay desacuerdos políticos y la ideología es oficialmente constituida desde la cúpula.¹⁷

De los tres tipos sólo la élite consensualmente unificada puede generar las condiciones de una democracia estable y eventualmente de carácter consolidado. Sin embargo, en la propuesta teórica, la transformación de las élites requiere de un cuidadoso manejo de variables en la relación élite-masas: el desarrollo socioeconómico permitirá una movilización de masas de acuerdo con valores y evitará movilizaciones por intereses particu-

lares de élites locales, la regulación de los conflictos a través de canales institucionales, y la inclusión de representantes de élites disidentes en las decisiones y la competencia. Dependiendo del resultado del control de estas variables en la elaboración del consenso podrá darse el paso de una democracia limitada a una de carácter consolidado.¹⁸

El caso italiano muestra no sólo la transformación de élites desunidas a lo largo de su historia en élites consensualmente unificadas, sino una combinación de acuerdos y convergencias entre los principales grupos, la cual disminuyó la polarización política incorporando al sistema electoral sectores que en el pasado habían sido excluidos, y extendiendo el consenso en todas las posiciones de la estructura de poder. Fue esto lo que pudo vertebrar el acuerdo y el compromiso de las élites como un camino para la estabilidad y, luego, la consolidación de su régimen político (Cotta, 1992: cap. 5).

Otro caso paradigmático puede ser la unificación de Alemania después de la caída del Muro en 1989. Este caso ejemplifica los esfuerzos, las habilidades y la voluntad de las élites tanto para extender la democracia en la Alemania del este como para reconstruir el país. La existencia de concepciones parcialmente diferentes entre el Este y el Oeste delineó la necesidad de aplicar cuidadosamente los principios de democracia liberal represen-

¹⁷ En el primer caso se refiere a América Latina de fines del siglo XIX a principios del XX; en el segundo caso, a Francia, Italia, Japón, EUA, Gran Bretaña, Holanda y Suiza; y en el tercero se refiere a regímenes totalitarios.

¹⁸ La otra vía para llegar a la consolidación, aparte del consenso, es la convergencia de élites, integrada por grupos opositores que adoptan los valores democráticos y las reglas del juego, y forman una coalición que resulta ganadora (Higley y Gunther, 1992: 24-25).

tativa. Los tres aspectos que resultan del objeto de estudio son: el factor internacional sistémico, el cambio gradual en las instituciones (parlamento, niveles de gobierno, etc.) y las modificaciones de la cultura política de las élites. A pesar de que aún existe una distribución del poder entre ambos lados y un cuidadoso diseño de políticas de integración, se han aminorado las tensiones y se puede apreciar la coexistencia de ideales basados en valores socialistas con principios de democracia liberal (Rohrschneider, 1994).

LAS ÉLITES Y LA REVALORACIÓN DEL SISTEMA POLÍTICO LOCAL

Salvo como campo de experimentación para la validación de hipótesis en la ciencia política, particularmente en el tema de las élites (Bobbio *et al.*, 1997: 525-526), el nivel local de la sociedad ha sido despreciado históricamente tanto en el conjunto de las ciencias sociales como en las instancias de la toma de decisiones. Sólo recientemente se han empezado a revalorar estos espacios políticos como arenas significativas de articulación con los niveles nacionales y de interacción efectiva con el Estado. No obstante, estas reconsideraciones tienen causas y fines distintos según el régimen político. En Europa occidental, el gobierno local es un elemento clave dentro del sistema político, donde se han creado "instancias de actuación" que reconocen el papel de los niveles locales de gobierno, en el marco de las nuevas relaciones de mercado y de cooperación de la Comunidad Europea (foros, asociaciones, federaciones regionales y locales, etc.). En este contexto internacio-

nal, también propiciado por la globalización económica, los países realizan actualmente una revisión profunda de los cambios en el funcionamiento y la organización del Estado. Así, se están dejando atrás las concepciones dominantes, particularmente normativas, propias de los juristas y basadas en la supremacía del Estado. En ellas los niveles locales de autoridad eran percibidos como "órganos periféricos y subordinados" (Alba Tercedor, 1997: 15-35).

También en los demás países con democracia consolidada (los desarrollados), donde existe una menor heterogeneidad de condiciones sociales, económicas y de gobierno, el funcionamiento del Estado tiende, no sin conflictos, a incorporar posiciones y propuestas de los gobiernos locales en las políticas y la agenda nacional. Aun cuando algunos países (Gran Bretaña, Australia y Canadá) dan a las autoridades locales sólo las competencias y funciones específicas señaladas por el gobierno nacional, la tendencia es hacia un mayor grado de influencia y autonomía de los niveles locales; y son estos países los más receptivos a la apertura de canales para la participación de la sociedad civil (Goldsmith y Newton, 1997: 37-73).

En España, a partir de la transición política, la reorganización del Estado fue de carácter incluyente: reconoció las regiones y las identidades locales al crear un régimen jurídico de Comunidades, investidas de poderes ejecutivo y legislativo (Márquez, 1999: 289-333). Veinte años después de la transición española permanecen ciertos vacíos jurídico-políticos en la legislación sobre los niveles más bajos del sistema político local, que permanecieron como organismos de carácter ad-

ministrativo, a tal grado que las elecciones locales fueron consideradas por mucho tiempo como de “segundo plano”.¹⁹ El resurgimiento del ámbito de gobierno local está teniendo lugar tanto en la investigación de las disciplinas sociales como en la agenda de los partidos políticos y del gobierno, dada la necesidad de mayor eficacia en los distintos niveles del Estado.

En Europa occidental, como corolario, se tienen planteados asuntos pendientes en este tema: redefinir el papel del gobierno local respecto a los demás niveles de poder y de gobierno; los cambios en el tipo de gestión de los servicios sociales en la etapa de liberalización; las transformaciones en el ámbito político local, y el futuro de la democracia (Alba Tercedor, 1997: 16).

EL PODER LOCAL EN LA CONSOLIDACIÓN DEMOCRÁTICA DE AMÉRICA LATINA

En contraste, para los países incluidos en el proceso de transición hacia la democracia, particularmente de Latinoamérica, la revaloración del ámbito de gobierno local pasa por una lenta transición, y se opera en distintos tiempos y circunstancias. Los débiles e insuficientes acuerdos entre las élites latinoamericanas para dar cauce a elecciones competitivas se han centrado más en reglas de competencia a

niveles nacionales de gobierno que a niveles locales.

No obstante, a partir de la “tercera ola”, la emergencia de nuevos actores sociales, partidos y segmentos de población demandante de limpieza electoral, mayor apertura y libertades políticas fue incluyendo propuestas que se han ido incorporando a las agendas de tránsito político. El carácter fuertemente centralizado y concentrado en el nivel nacional, a pesar de que muchos países están investidos con la etiqueta federalista —pero férreamente presidencialista—, ha propiciado, como una de las demandas fundamentales, la descentralización y desconcentración del poder, así como la eliminación de mecanismos indirectos y delegados de participación en la elección de las autoridades más cercanas, además de la elaboración de políticas públicas.²⁰

Uno de los desafíos de la consolidación democrática es sin duda que la transición se extienda a los niveles de poder local y regional. Aunque ha habido varias iniciativas de descentralización en Latinoamérica, éstas han sido dosificadas o bien desvirtuadas, pues las élites temen perder el control nacional si abren los espacios de elección y participación política en los niveles inferiores del sistema. Por ejemplo, en Chile y Uruguay el cambio de régimen implicó sólo la desconcentración de funciones y competencias administrativas, pero no lo acompañaron medidas de consulta o elección de cargos

¹⁹ Sobre el papel de los gobiernos locales, las reformas y su vínculo con los partidos y el sistema político español puede verse, entre otros: Márquez, 1997 y 1999; Joan Botella, 1992; Capo, Baras, y Botella, 1988, y Baras, 1992.

²⁰ Sobre temas de política local y propuestas de desconcentración del poder nacional puede verse de Colombia, Fals Borda (1990); de Venezuela y Chile, Villa (1986); sobre México, Pádua y Van-neph (1986).

locales regionales o municipales (Nolte, 1991).

En México, después de 60 años de control monopartidista, el Partido Revolucionario Institucional (PRI) reconoció, al cabo de la controvertida elección presidencial de 1988, salpicada de indicios de fraude electoral, su derrota en una entidad federativa en 1989, y sólo a partir de entonces se inició una lenta transición política en el nivel local. Luego de las elecciones presidenciales del 2000, en que el PRI perdió la presidencia de la república, se empezaron a develar las condiciones políticas semicompetitivas en el nivel local y a observarse fuertes contradicciones en los diferentes niveles del sistema. En el futuro inmediato en México, los ámbitos locales y regionales se constituirán en escenarios en los que se dirimirán las cuestiones fundamentales de la democracia.

La descentralización política en América Latina, para ser real, antes que nominal, pasa también por pactos y acuerdos entre las élites nacionales y locales, los cuales deben concretarse en un diseño institucional que desplace la cultura centralista y fuertemente presidencialista que se desparrama en forma piramidal para dar lugar a procesos y mecanismos que redistribuyan el poder y que permitan la amplia participación ciudadana. Todo ello tendría que ir aunado a medidas de repartición de recursos, respeto a las autonomías locales y ampliación del ámbito de decisión de éstas, pero sobre todo, a la elección popular de autoridades locales y regionales, sin intervención de órganos intermedios, como ocurre en Ecuador, Perú y Bolivia, entre otros países.

La distinción conceptual entre sistema político local y poder local

En la tradición del sur de Europa, me referiré particularmente a España y, en parte, Francia,²¹ las nociones y conceptos sobre el poder se caracterizan principalmente por su aspecto formal, es decir, relativo a las instancias y estructuras de gobierno establecidas y a la administración pública. De ahí se deriva que el poder, en sus diversas variantes territoriales, tenga sólo que ver con los ámbitos de gobierno (Alba Tercedor, 1997, y Márquez, 1997).

De esta manera, cuando se alude a “poderes locales” se hace referencia a las formas de gobierno que tienen un dominio sobre la administración local y regional, que incluyen un carácter representativo, de autoridades electas popularmente, y uno de gestión político-administrativa. De un modo más amplio, el sistema político local se conceptualiza, por consiguiente, como “el conjunto de reglas y pautas institucionales en virtud del cual se gobiernan las corporaciones locales” (Márquez, 1997: 145). En ese tenor, las élites locales son los miembros componentes de las autoridades locales (Márquez, 1999; Capo *et al.*, 1988).

Este concepto de poder tiene, sin embargo, una connotación eminentemente formal que sólo en parte puede ser aplicable a cierto tipo de regímenes políticos con democracia consolidada, ya que para otros, como en el caso de América Latina —donde el proceso de transición política aún permanece inconcluso—, resulta in-

²¹ Sobre España véase Márquez, 1997, y sobre Francia, Vannep y Revel Mouroz, 1986.

suficiente. Además, se trata de una cuestión de carácter metodológico, de resaltar temas de mayor interés, puesto que también desde esa perspectiva se ha reconocido que en los "liderazgos" de los poderes locales influyen factores tanto formales como informales, y en este último punto son importantes los aspectos que van más allá de la posición administrativa que se tenga en el gobierno (Natera, 1997; De la Peña, 1986).

Estos aspectos informales del poder en América Latina resultan de la mayor importancia, sobre todo tratándose del análisis de niveles locales.²² En países con procesos políticos donde es baja la institucionalización, son preponderantes las estructuras y los mecanismos de poder que funcionan de modo simultáneo y casi paralelo a los del gobierno establecido. Por ello es indispensable diferenciar entre poderes formales o informales, y entre poderes reales o legales. El carácter fuertemente centralizado de la casi mayoría de estos países generó situaciones de polarización entre el poder central y el resto de las regiones, y dio origen a conflictos y diferencias de carácter centrífugo en una multiplicidad de regiones y localidades con identidad propia en su afán por reivindicar su autonomía frente al ámbito nacional (Pádua y Vanneph, 1986).

Las figuras del "caudillismo" y el "caquismo", con una presencia de larga permanencia histórica en Latinoamérica, implican mecanismos de poder local y regional basados en relaciones persona-

lizadas, de dominación de tipo tradicional, que surgen ante la debilidad del Estado-nación para imponer el orden en un amplio territorio. Este proceso requiere de alianzas entre líderes locales con cierto grado de autonomía que desempeñan el papel de intermediarios entre los ámbitos local y nacional. La falta de consolidación democrática ha propiciado que se fortalezcan instituciones burocráticas y otras, de carácter social, asociadas a organismos corporativos (sindicatos, organizaciones campesinas, de profesionales, empresarios, etc.) en detrimento de las instituciones, cuyo poder es otorgado por la base o la ciudadanía y cuyos dirigentes dependen de una elección popular. Esta situación ha conducido a una fragmentación del poder en los ámbitos local y regional (De la Peña, 1986).

La permanencia de mecanismos de intermediación permite la reproducción de estructuras y liderazgos informales poco o nulamente institucionalizados cuya cultura política, tanto propia como la que genera entre sus bases de apoyo, es de "tipo súbdito" o subordinada y da lugar a relaciones clientelares, haciendo necesaria su presencia en otros ámbitos de representación supralocal. El intermediarismo político a nivel local ha sido una de las funciones sustantivas de los liderazgos tradicionales y autoritarios; su característica es que se ubica entre dos niveles de articulación (el Estado y la región) y, para reproducir su dominio, cuenta con habilidades y recursos personales tales como la eficacia en la gestión de asuntos y la manipulación de creencias, tradiciones, costumbres y valores socialmente aceptados. Esta práctica de poder ha producido efectos culturales de larga dura-

²² Natera (1997: 119) considera recursos informales la manipulación de la imagen, el control de la agenda política, el uso de medios de persuasión, intercambio de favores, amenazas, etcétera.

ción, como la desmovilización social, la falta de interés por la política y el recurso preferencial a mecanismos clientelares, personalistas y corporativistas.

En el análisis del comportamiento político y las actitudes de las élites políticas locales se requiere considerar elementos cualitativos del orden local que permitan conocer el papel que éstos desempeñan en la consolidación de la democracia. Ello implica el uso de varias técnicas que ayuden a describir y explicar el comportamiento individual y colectivo de los actores (élite-masas), y el origen y funcionamiento de las estructuras de poder. Dichas técnicas incluyen: la observación directa *in situ*, la entrevista a líderes y a participantes en los eventos políticos, la elaboración de biografías de personajes clave, y la consulta de archivos públicos y privados, hemerotecas y demás documentos en que se expresen los actos e intenciones de los líderes políticos.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Más que ser concluyente con los temas aquí tratados, mi interés es generar la discusión a partir de una propuesta para abordar de un modo distinto asuntos de gran importancia en las ciencias sociales, como el papel de las élites en el proceso de consolidación democrática, pensando particularmente en las condiciones de Latinoamérica. La principal llamada de atención es sobre cómo analizar los "consensos" entre las élites para establecer un orden político estable y duradero, en escalas y niveles de articulación política y administrativa inferiores al del sistema político nacional.

Se han abordado aspectos que muestran la complejidad de las sociedades locales, cuya disposición a la permanencia o a la renovación ya había sido advertida por Dahl (1993) en que los procesos de cambio en los gobiernos locales puede anteceder a las transformaciones de índole nacional. En ese marco, O'Donnell (1997: 318) puso énfasis en las instituciones formales del proceso de consolidación democrática pero también en factores subyacentes a la institucionalización, o más bien, a instituciones informales en la estructuración del régimen político. Esto implica un entramado de investigación que pone el acento en cuestiones cualitativas y combina conceptos e indicadores universalistas con una metodología particularista.

En los principales temas tratados (élites, cultura política y poder local) no sólo se ha hecho una necesaria especificación para los niveles inferiores sino que, además, se ha buscado una precisión metodológica que considere los distintos entornos, a partir de su grado de desarrollo económico, social y cultural del régimen político, así como los rasgos particulares. Por ejemplo, en el caso de América Latina, la formación, el funcionamiento y el reclutamiento de las élites políticas son diametralmente distintos a los de Europa occidental (Higley y Gunther, 1992), mientras que los aspectos informales (clientelismo, personalismo y cooptación) siguen permeando, de manera notable, las relaciones políticas. En el caso del concepto de cultura política, a pesar de que ha ganado en poder explicativo, no considera las cuestiones cualitativas y las diferenciaciones de carácter regional y cultural de sociedades heterogéneas.

La propuesta de estudiar la cultura política de las élites locales permitirá conocer los problemas que surgen entre los diferentes niveles de articulación y los diferentes ámbitos (Estado-región, centro-local, nación-provincia). El objetivo es profundizar en los factores que sustentan el disenso y las divisiones entre los grupos de poder nacional y regional, así como identificar los ámbitos de intereses que impiden apoyar las reglas del juego democrático.

El estudio de las conductas y prácticas del ejercicio del poder entre las élites locales contribuirá al conocimiento de las percepciones e interiorización, por parte de la sociedad, de los valores democráticos (tolerancia, participación, diálogo, etc.). Éstos tienen un referente no democrático entre las masas, resultado de regímenes autoritarios y populistas que han procreado subculturas fuertemente arraigadas, como las del clientelismo, el personalismo y el desinterés por participar o involucrarse en los asuntos no sólo de política sino comunitarios. Un aspecto adicional de esta propuesta de estudio es revalorar el protagonismo de los ámbitos locales (estados, regiones, municipios, parlamentos locales, etc.), sin cuyas demandas de ampliación de derechos, participación en las principales decisiones y extensión de los cargos de elección popular y directa, la consolidación democrática difícilmente podría darse por completa o concluida.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBA TERCEDOR, C. y F. VANACLOCHA (eds.) (1997), *El sistema político local: un nuevo escenario de gobierno*, Madrid, Universidad Carlos III de Madrid.
- ALCÁNTARA, Manuel (1995), "De la reforma y de la consolidación del sistema político en el equilibrio entre democracia y mercado en América Latina", en Manuel ALCÁNTARA e I. CRESPO (eds.), *Los límites de la consolidación democrática en América Latina*, Salamanca, Universidad de Salamanca.
- ALCÁNTARA, M. e I. LLAMAZARES (1997), "El análisis de los diputados latinoamericanos en el contexto de los estudios sobre la clase política. Características, objetivos y estrategias de investigación", *América Latina Hoy*, núm. 16, Universidad de Salamanca.
- ALMOND, G. y S. VERBA (1980), *The civic culture revisited*, EUA, Sage Publications.
- (1989), *The civic culture revisited*, EUA, Little Brown and Company.
- AGÜERO F. y M. TORCAL (1994), "Élites, factores estructurales y democratización", *Estudios Políticos*, núm. 80, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.
- BARAS, M. (1992), "Élites municipales y partidos políticos", *Estudios Políticos*, núm. 76, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.
- BOBBIO, N., G. PASQUINO y G. SANI (1997), *Diccionario de política*, México, Siglo XXI Editores.
- BOTELLA, Joan (1992), "La galaxia local en el sistema político español", *Estudios Políticos*, núm. 76, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.
- BURTON, HIGLEY J. y R. GUNTHER (1992), "Conclusions", en J. HIGLEY y R. GUNTHER (eds.), *Elites and democratic consolidation in Latin America and southern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press.
- CAPO, J., M. BARAS y J. BOTELLA (1988), "La formación de una élite política local", *Estudios Políticos*, núm. 59, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.
- COTTA, M. (1992), "Elite unification and democratic consolidation in Italy: a historical overview", en J. Higley y Burton (eds.),

- Elites and democratic consolidation in Latin America and Southern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press.
- CRESPO, I. (1995), "¿Hacia dónde van las democracias latinoamericanas?", en Manuel ALCANTARA e Ismael CRESPO (eds.), *Los límites de la consolidación democrática en América Latina*, Salamanca, Universidad de Salamanca.
- DAHL, Robert (1993), *La poliarquía. Participación y oposición*, México, Rei.
- DE LA PEÑA, G. (1986), "Poder local, poder regional: perspectivas socioantropológicas", en J. PÁDUA y A. VANNEPH (eds.), *Poder local y poder regional*, México, El Colegio de México.
- DIAMOND, L. (ed.) (1993) *Political culture and democracy in developig countries*, Londres, Lynne Rienner Publishers.
- (1997), "Civil society and the development of democracy", *Instituto Juan March, working paper*, núm. 101, junio, Madrid.
- (1998), "Political culture and democratic consolidation", en *Instituto Juan March, working paper*, núm. 118, junio, Madrid.
- FALS BORDA, Orlando (1990), "El papel político de los movimientos sociales", *Revista Foro*, núm. 11, Bogotá.
- GARRETÓN, Manuel Ángel (1991), "La democratización política en América Latina y la crisis de paradigmas", *Leviatán*, núm. 43.
- GOLDSMITH, M. y K. NEWTON (1997), "Gobierno local en el mundo moderno", en Carlos ALBA y Francisco VANACLOCHA (eds.), *El sistema político local: un nuevo escenario de gobierno*, Madrid, Universidad Carlos III de Madrid.
- HIGLEY, J. y R. GUNTHER (eds.) (1992), *Elites and democratic consolidation in Latin America and Southern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press.
- HUNTINGTON, S. (1994), *La tercera ola. La democratización a final del siglo XX*, Buenos Aires, Paidós.
- Inglehart, R. (1988), "Cultura política y democracia estable", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 42.
- LINZ, J., S. LIPSET y A. BUNGER (1997), "Condiciones sociales para la democracia en América Latina: Análisis de la encuesta de Latinobarómetro", en PNUD, *Gobernabilidad y desarrollo democrático en América Latina y el Caribe*, Madrid, PNUD.
- LIPSET, S. (1992), "Algunos requisitos sociales de la democracia: desarrollo económico y legitimidad", en S. LIPSET y S. ROKKAN, *Diez textos básicos de ciencia política*, Barcelona, Ariel.
- y A. SOLARI (1977), *Élites y desarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Paidós.
- MAINWARING S. y E. VIOLA (1987), "Novos movimentos sociais. Cultura política e democracia: Brasil e Argentina", en KRISCHKEP, *Una revoluzao no cotidiano*, São Paulo, edit. Brasiliense.
- MARQUEZ, Guillermo (1997), "Transición y normalización del sistema político local en España", en Carlos ALBA TERCEDOR y Francisco VANACLOCHA (eds.), *El sistema político local: un nuevo escenario de gobierno*, Madrid, Universidad Carlos III de Madrid.
- (1999), "Veinte años de democracia local en España: elecciones, producción de gobierno, moción de censura, y élite política (1979-1999)", *Estudios Políticos*, núm. 106, octubre-noviembre, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.
- MICHELS, Robert (1969), *Los partidos políticos*, Buenos Aires, Amorrortu.
- MANSILLA, H.C. (1991), "Gobernabilidad, élite de poder y cultura política", en René MAYORGA, *Democracia y gobernabilidad*, Caracas, Nueva Sociedad.
- NATERA, Antonio (1997), "Formas y estilos de liderazgo local", en Carlos ALBA TERCEDOR y Francisco VANACLOCHA (eds.), *El sistema político local: un nuevo escenario de gobierno*, Madrid, Universidad Carlos III de Madrid.
- NOHLEN, Dieter (ed.) (1991), *Descentralización política y consolidación democrática. Europa y América del Sur*, Caracas, Síntesis y Nueva Sociedad.

- NOLTE, Detlef (1991), "Procesos de descentralización en América Latina: un enfoque comparativo" en Dieter NOHLEN (ed.), *Descentralización política y consolidación democrática. Europa y América del Sur*, Caracas, Síntesis y Nueva Sociedad.
- O'DONNELL, Guillermo (1997), *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Buenos Aires, Paidós.
- O'DONNELL, Guillermo y P. SCHMITTER (1991), *Conclusiones tentativas sobre la democratización incierta*, vol. IV, Buenos Aires, Paidós.
- PÁDUA, J. y A. VANNEPH (1986), *Poder local y poder regional*, México, El Colegio de México/CEMCA.
- PARAMIO, Ludolfo (1999), "Las dimensiones políticas de las reformas económicas en América Latina", *Zona Abierta*, núms. 88-89, Madrid.
- PESCHARD, Jacqueline (1994), *La cultura política democrática*, México, IFE, Cuadernos de Divulgación de la Cultura Democrática, núm. 2.
- PRZEWORSKI, A. (1988), "Algunas problemas en el estudio de la transición hacia la democracia", en G. O'DONELL *et al.*, *Transiciones desde un gobierno autoritario. Perspectivas comparadas*, t. III, Buenos Aires, Paidós.
- ROHRSCHEIDER, R. (1994), "Report from the laboratory: The influence of institutions on political elites: democratic values in Germany", *American Political Science Review*, vol. 8, núm. 4, Indiana University.
- SANI, G. (1997), "Cultura política", en N. BOBBIO, G. PASQUINO y G. SANI, *Diccionario de Política*, México, Siglo XXI.
- VANNEPH, A. y J. REVEL MOUROZ (1986), "La descentralización en Francia", en Jorge PÁDUA y Alain VANNEPH, *Poder local y poder regional*, México, El Colegio de México/CEMCA.
- VILLA, Manuel (ed.) (1986), *Poder y dominación. Perspectivas antropológicas*, Caracas, Urshslac/El Colegio de México.
- VON BEYME, N. (1995), *La clase política en el estado de partido*, Madrid, Alianza.